



TODO UN HOMBRE...

Por Carlos Duarte Moreno

Parecerá extraño que "Pirri", siendo perro fuese todo un hombre, pero así, era y así fué hasta caer víctima de su alma noble. Estaba cojo gracias a una caída desde el trampolín de circo en que lo obliga a trabajar, látigo en mano, un hombre que resultó su dueño quien sabe por qué. Mientras trabajaba bajo la amenaza del azote sentía tristeza y rabia; rabia por su servidumbre; tristeza, porque recordaba como en un sueño a su madre, perra larga y flaca, vagabunda, amorosa y casi humana que murió bajo las ruedas de un tranvía al atravesar la calle. Pero después de la caída no pudo soportar más y huyó de la carpa maldita y nómada testigo de su desgracia. Desde entonces erró y desde entonces comenzó a sentir cosas extrañas y tremendas que despertaban en su entraña. Tenía alma de apóstol y madera de líder. Veía a sus compañeros, esqueléticos, hurgando basureros, caminando toda la noche sin que les quedase un solo rincón, sin husmear, de la ciudad. Y se ponía a pensar de una manera terrible y lapidaria. ¡Y una corriente commovedora lo sublimizaba consentimientos de justicia, de piedad, de ansia....! La Vida no era igual para todos y ésto no le agradaba. ¡Había perros felices, bien alimentados, con lazos de seda o collares abroquelados de metal al cuello! Alguna vez había visto en automóvil a los perros de lujo. En su noctambulear de hambriento encontró a muchos perros detrás de las rejas de los jardines, gordos como clérigos, altivos como príncipes. Y metía el hocico flaco por entre los hierros y le sabía a gloria el olor de los rosales. Alguna vez llegó a sentir envidia inútil y dolorosa. Pero siempre, siguió caminando con el estómago torcido de necesidad, con el cerebro calenturiento de divagar, con la lengua colgante de sed! Tenía ideas confusas acerca de un nuevo estado social. Recordaba perfectamente cómo nacían los perros vagabundos: entre basuras, sobre cáscaras de frutas podridas, de deshechos de la población urbana; y, al nacer, viéndolo como venían de padres maltratados por la suerte, trasquilados por la miseria, los cachorros daban lástima; eran verdaderas lagartijas, casi inconvenientes con el cordón del ombligo de un



gris pegajoso de gelatina. ¡Los perros de lujo no nacían así!

Sus peores enemigos eran los muchachos del barrio. Los más grandes, los más chicos, todos se daban saña contra él y contra sus compañeros. Y "Pirri", francamente, los odiaba, pero tenía buen corazón. Y su corazón le trajo una nueva desazón inmensa, honda, aniquiladora, como todas las suyas!

Por la callejuela menos transitada venía "Ratas", pillín pelirojo con alma de diablillo, más malo que el resto en total de la pandilla, y venía de retirada contando distraídamente los centavos que había ganado vendiendo baratijas por toda la ciudad con tal de ayudar a sus abuelos casi en la miseria, a cuyo amparo, por ser huérfano, estaba recogido. Esto lo sabía "Pirri", y por ésto, a ratos, le perdonaba al chicleo todas sus maldades. Pero sabiendo como era, se ocultó prudente en el hueco de una puerta, vigilando con sus ojos melancólicos y húmedos de tanto llorar por los desposeídos. Mas, el barrio tiene su hampa, y un desalmado sabedor de los retorneos con el logro del trajín de todo un día, salió intempestivamente al encuentro

del pillete y trató de quitarle el dinero. "Pirri" no vaciló un solo momento, olvidó, quiso olvidar todo lo que "Ratas" le había hecho, y, transfigurado Quijote, se lanzó contra el ladrón con un salto aparatoso, con la dificultad risible y patética de su pata coja; y ladró, mordió, lleno de ira, con toda la conciencia de su papel de salvador. El hombre dejó la presa, y "Ratas" comenzó a llorar, gritando, ahogado por el espanto que le produjo el puñal que le había enseñado amenazante el saltador. "Pirri" seguía ladrandó con toda la fuerza de su raquitismo, con todo el entusiasmo de su alma de apóstol, de su madera de líder, feliz por aquel triunfo, alegre por haber evitado el robo. ¡Las gentes salieron de sus casas y al mirar a "Ratas" llorando a lágrima viva y a "Pirri" a su alrededor, ladrandó, saltando, la calle se volvió un horizonte de escobas. "Pirri" comprendió el peligro y ladró con desesperación, con aíno, con fe, como queriendo explicar, ufano de que se supiese su conducta valiente, el gesto de su corazón magnánimo pero los vecinos incapaces de comprender, tomaron como amenaza, como inicio de nuevo ataque los ladridos y la emprendieron contra el héroe, hasta que una piedra, disparada infernalmente lo alcanzó en la pata coja, rompiéndosela, sangrindosela. Sintió al golpe un mareo terrible; se le nublaron los ojos; su cabeza dió vueltas; el corazón le lloró desoladoramente y apenas tuvo tiempo, fuerzas para huir calle abajo, perseguido, odiado, sangrante, desconsolado, aturdido, los ojos mojados de amargura, la lengua seca, hacia afuera, de fatiga y de sed....!

Todo se había vuelto sombras en su espíritu. Más flaco y más cojo que nunca, "Pirri", lamiéndose en un rincón y bebiendo el agua sucia de las charcas, logró caminar, salir de nuevo, pero salió con decisiones terminantes, poseído de un fulgor siniestro y bravo que amedrentó a sus mismos compañeros. Una nueva realidad lo esperaba. Hombres uniformados, compasivos al parecer, echaban a los perros boeados de carne fresca, pero los perros morían, retorciéndose, a los pocos momentos. Entonces, desesperado, se dió a buscar a un perro chiquito, liliputiense, pro-

(Sigue en la página 26)